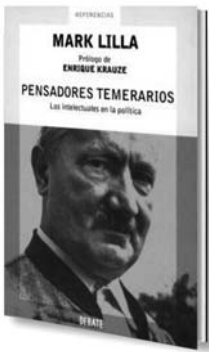


Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política

Mark Lilla. Editorial Debate.
Colección Otras Voces. 2004



Con la excepción de una que otra reseña en revistas culturales, el libro “*Los Pensadores Temerarios*” del profesor de la Universidad de Chicago Mark Lilla, no ha tenido la debida receptividad en América Latina. Prácticamente ha pasado desapercibido y no ha generado el debate académico esperado. ¡Esto es lamentable!, sobre todo en un momento en el que “nuevos dionisios” alzan sus voces en el escenario latinoamericano con el apoyo de una rancia élite intelectual que alberga en sus corazones el “sueño temerario platónico” de convertir militares en políticos, demagogos en filósofos y tiranos en filántropos. Y es paradójicamente este hecho el que marca la idea principal del ensayo resumido en el neologismo *filotiranía*, es decir, el afecto y la debilidad de algunos intelectuales por los hombres o movimientos de izquierda y de derecha que buscan ejercer el poder arbitrariamente.

Nuestro gran engaño fue pensar que el “tiempo de las tiranías” era cuestión del pasado; que había muerto con el auge de la modernización, la racionalización y la secularización de la modernidad. Hoy podemos constatar la dura realidad: “Dionisio es nuestro contemporáneo” o, lo que es lo mismo, que “la tiranía ha sobrevivido” y aún cuenta con partidarios que reclaman y justifican intelectualmente su existencia con diferentes y osados argumentos que van desde el

racionalismo lógico más exacerbado hasta el irracionalismo más religioso.

Lilla reiterativamente se pregunta “¿qué ocurre en la mente humana que hace proclamar la defensa intelectual de un régimen dictatorial en pleno siglo XX? y lo más importante, ¿cómo trabajan esas mentes? y ¿qué buscan en política? Para el autor del ensayo no hay duda, el intelectual, sobre todo si es serio, es responsable por las consecuencias políticas de sus ideas. El intelectual que busca orientarse en el mundo, extrae consecuencias de esas experiencias “... sus actividades y trabajos, incluidas sus actividades políticas, son las huellas que deja esa búsqueda” (p.23)

Teniendo como marco teórico la pesadilla de los tres famosos y traumáticos viajes de Platón a Siracusa para educar y convertir en filósofo rey al tirano Dionisio el joven, Lilla aprovecha la oportunidad para analizar lo que llevó a relevantes filósofos del siglo XX, como Martin Heidegger y Carl Schmitt a apoyar gobiernos totalitarios como el de la Alemania nazi; o a Walter Benjamín, Alexander Kojève y más recientemente a Michael Foucault y Jacques Derrida a apoyar partidos comunistas con claras tendencias totalitarias y antidemocráticas. Intelectuales por los sentimientos afecto y decepción y, a pesar de su postura política, les guardamos un profundo respeto. En todo caso, el propio autor constata que lamentablemente no hay una respuesta única para explicar unívocamente las “impostaciones temerarias” de estos intelectuales.

El caso de Heidegger es emblemático toda vez que su vida transcurrió entre la fenomenología y la metafísica, o lo que es lo mismo, entre su deseo de conocer el mundo y su afición a la religión, que expondrá en su obra maestra “El ser y el tiempo”. Según Lilla, se puede percibir que esta obra puede transformarse en un programa de regeneración nacional claramente identificado con el nacional socialismo alemán (p. 44) como movimiento mesiánico, auténtico con fuerza interior (decisión) que proyectó sobre los alemanes “su encuentro con su destino”. La derrota del movimiento sólo dejó un vacío espiritual que fue llenado, según el ex-rector del Tercer Reich, con la fría tecnología y las políticas modernas.

El caso de Carl Schmitt es mucho más claro que el de Heidegger, toda vez que el jurista alemán se identificó directamente con el nacional socialismo, del cual fue por una etapa su defensor jurídico. Schmitt,

padre del decisionismo, con su estilo literario claro y directo -el cual tuvo una clara influencia tanto en la derecha como en la izquierda, que se conserva en el presente- sostenía la tesis de que la política no es otra cosa que la relación conflictual de amigos y enemigos como máximo grado de distinción en un eterno estado de excepción: “Distingo ergo sum”. Esta conflictividad era la fuerza real y dinámica que pone en movimiento a *lo político* como algo contrario a *la política* concebida por la ficción liberal (individualista, burocrática, capitalista, estática, discursiva, pluralista, disgregadora y neutralizadora del poder del Estado) que pone en riesgo la unidad y el buen orden político conduciendo al apoliticismo. Sin ser un conservador a *tout cours*, Schmitt concibió que ese orden sólo se pudiera lograr con una cierta “teología política”, uniendo *fe divina* y *poder político* en un solo principio de decisión, autoridad y orden que señala: “enfrentate con tu enemigo”.

La vida de Walter Benjamín transcurrió entre su apego teológico al sionismo judío y su necesidad de redención y regeneración mesiánica contra la violencia ilegítima de la vida burguesa y parlamentaria. Esta posición lo hizo pendular entre la crítica romántica al sistema liberal y el nihilismo apocalíptico más irracionalista que propone la violencia “legal” regenerativa como principio divino para establecer un nuevo orden social (vitalismo). Evidentemente, Benjamín fue influenciado por las teorías teológicas políticas de Schmitt de las que toma el decisionismo político, para luego sufrir la “conversión marxista” que no terminó de asumir como una *decisión* política radical más que lógica. Así Benjamín no fue capaz de “bajarse de la cruz del decisionismo para subirse a la cruz del comunismo”, no dejó de ser sólo una adhesión intelectual, ya que la política comunista no le resultó satisfactoria. Pendulando entre el socialismo y la vida burguesa, Benjamín se relaciona con la Escuela de Frankfurt a través de Theodore Adorno, donde asume el proyecto de hacer una teoría crítica de la cultura burguesa a través de la creación de una nueva estética dialéctica y secular, que nunca terminó de complacer a los principales directores del Instituto de Investigación Social. Luego de su suicidio, se publicó su testamento político “*Tesis de Filosofía de la Historia*” donde manejaba la idea de reconciliar el materialismo histórico con la teología como nueva regeneración que fuera capaz de abrirle los ojos a la clase obrera ante la irrupción del fascismo y el falso sueño del progreso burgués. Así transcurrió su vida, debatiéndose entre lo sagrado y lo profano, y en la eterna espera de un Mesías redentor.

Alexandre Kojève es el intelectual ruso que dedicó su vida académica e intelectual a comprender, explicar y aplicar las tesis filosóficas de Hegel a toda una generación de jóvenes intelectuales europeos. A pesar de su cercanía al comunismo, Kojève no estuvo de acuerdo con la forma como se había implantado en Rusia, de la cual huyó para contribuir abiertamente con la reconstrucción y la unión europea luego de la guerra. Popularizado por Francis Fukuyama como el divulgador del “fin de la historia”, es convertido por Lilla en uno de los jinetes del Apocalipsis de la cultura y la filosofía occidental, algo que según creía ya había sido pronosticado en la filosofía de Hegel. Pues con Hegel –pensaba Kojève- la filosofía había alcanzado su máximo grado de perfeccionamiento racionalista dialéctico entre cosas e ideas, algo que presagiaba “el fin mismo de la filosofía”.

Homosexual, suicida, transgresor social, sadomasoquista, drogadicto, marxista desilusionado, nietzscheano frustrado y oportunista intelectual son algunos de los calificativos que utiliza Lilla para determinar la postura intelectual y política de Michael Foucault. Es que según Lilla, el pensador francés se debatió durante toda su vida entre su traumática vida privada y su comprometida vida pública, entre hacer realidad el proyecto intelectual nietzscheano y el activismo político más radical. Esta postura lo llevó a proponer la violencia y la muerte como vía legítima para atacar la violencia y la muerte de la sociedad moderna que se esconde detrás de la racionalización de instituciones liberales con poder disciplinario (coactivo y psicológico) sobre las masas, con la intención clara de restringir su *voluntad de poder*. Por eso en su actividad propagandista antiintelectual, Foucault decía luego del mayo del 68: “no luchamos para *despertar conciencias*...sino para minar el poder, para tomar el poder” (p.132). En los últimos años de su vida el filósofo francés da un giro intelectual hacia un antiguo tema que involucró su vida privada: La moral sexual y la “experiencia límite” del ejercicio sexual que lo llevó a los excesos homosexuales y finalmente a la muerte contrayendo VIH. Así concluyó la vida de un filósofo contaminado de nietzcheanismo, en lucha constante con sus demonios interiores y sin un respecto para el ejercicio de la política según el profesor de Chicago.

El estudio de la posición deconstruccionista de Jacques Derrida es sólo una excusa de Lilla para atacar directamente las posiciones estructuralistas y posmodernistas de la filosofía francesa, la cual la considera: Extensas en gestos y cortas en argumento, con principios

políticos emancipadores pero indefinidos. El estructuralismo, con su gran capacidad de seducción, señala la autonomía y diferencia de cada cultura (que hay que respetar como la “otra”) y la imposibilidad de determinarla racional y universalmente (con la ciencia) a través de una acción política intencional a futuro. En otras palabras, cada hombre y cada sociedad es la construcción de su propio lenguaje y su propia cultura (fuerzas sociales), que solo alcanzan un significado dentro de ellas, y a las cuales hay que respetar. Derrida asume esta máxima del estructuralismo a través del uso del lenguaje ontológico heideggeriano que intentaba superar la tradición metafísica de la *antropologización del Ser*, es decir, del hombre como centro de la creación. La propuesta de Derrida es terminar con este logocentrismo -y con todos los centrismos- a través de la reconstrucción misma del lenguaje de la filosofía: “Si todo texto tiene ambigüedades y es susceptible de diversas lecturas (*le différance*), hay que descartar cualquier tipo de interpretación exhaustiva (*le differance*)”. Esta posición han vuelto inutilizable el lenguaje político tradicional donde los seres humanos, las naciones y todas sus categorías (comunidad, cultura, fronteras) se han convertido en simples artificios convencionales del lenguaje “...y por lo tanto, peligrosos”. De esta manera se encontraría en jaque todas las ideologías y el pensamiento político de la tradición Occidental dado su inaceptable logocentrismo. La neutralización del lenguaje implica la neutralización de la filosofía y de la política. En esta corrosión deconstructivista sólo el concepto de “justicia” se salvaría de ser neutralizado ya que está más allá de la simple idea de “ley convencional” sometida a interpretación y se acerca a una idea mística e infinita como “experiencia de lo imposible” que no puede penetrar nuestro mundo. En conclusión “reconstrucción es justicia” pero también es “democracia” y “marxismo” desprovistos de todo discurso (lenguaje) racionalista, logocentrista, que solo se pueden presentar como los nuevos “Mesías” por venir.

Necesariamente al libro de Lilla hay que asirlo desde una perspectiva crítica. Con respecto al objeto de estudio, es decir, la seducción del poder absoluto sobre las mentes humanas brillantes, en realidad no encuentra un *leit motiv* moral, ético, político, religioso o científico, que explique las posturas temerarias. A lo largo del texto esto sigue siendo una incertidumbre. Quizás la explicación es que la principal preocupación del autor no sea indagar directamente las causas que originan estas “posturas temerarias” sino la influencia que dichos autores están teniendo recientemente en la filosofía política de Estados

Unidos donde se están descubriendo a la luz del neoconservadurismo una postura distinta al pragmatismo liberal norteamericano como enemigo de las sociedades abiertas. La tesis de Lilla no es en sí misma original, ya que muchos antes, como Karl Popper en su obra clásica “la sociedad abierta y sus enemigos” la expuso magistralmente. Además, la misma moraleja del caso platónico (filotirano) no termina de ser clara cuando se aplica a los filósofos modernos, pues ninguno fue o ha sido específicamente “maestro de tiranos”. Los que se acercaron al marxismo terminaron rechazándolo (Bejamín, Kojève, Foucault y muy de cerca Derrida) o naufragaron con nacional socialismo (Heidegger y Schmitt), más por sus apuestas religiosa-mesiánica de encontrar orden para Alemania destruida ética y materialmente o para una Francia en proceso de reconstrucción política. Quizás lo que más le duele a Lilla no es que se hayan acercado a estas doctrinas radicales, sino que no se acercaron al liberalismo democrático (como lo hizo Raymond Aron), olvidando que detrás de la fachada liberal de la democracia se esconden muchos elementos de esas doctrinas extremistas. O es que acaso nadie puede asegurar que la educación de un líder demócrata no lo exime de que según las circunstancias de convertir en un tirano para mantenerse en el poder o imponer un tipo de orden en especial, como el de salvar a su país del terrorismo global, por ejemplo. Reflexionemos; si el presidente Lincoln hubiese perdido la guerra civil, ¿hoy qué sería: un demócrata o un tirano?, y sus seguidores que hubiesen sido ¿filotiranos o filodemócratas? En el mundo antiguo, al cual pertenece Platón, tiranía de un hombre y tiranía de la mayoría (democracia) se confunden en teoría y práctica, mientras que en el mundo moderno se han convertido en términos antitéticos, y la interrogante real es ¿hasta qué punto? Ya hoy se habla de tiranía electoral, tiranía del sistema político, tiranía de las mayorías o de las minorías, tiranía de los medios de comunicación, una tiranía que no sólo ha sobrevivido sino que ha mutado en muchas formas.

Polg. Abraham Enrique Andara
Profesor de Teoría Política
Escuela de Ciencias Políticas
Universidad de Los Andes